

## Catecismo 781 – 782 La Iglesia, Pueblo de Dios

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

**Punto 781:**

**"En todo tiempo y lugar ha sido grato a Dios el que le teme y practica la justicia. Sin embargo, quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa. Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco. Le fue revelando su persona y su plan a lo largo de su historia y lo fue santificando. Todo esto, sin embargo, sucedió como preparación y figura de su alianza nueva y perfecta que iba a realizar en Cristo [...], es decir, el Nuevo Testamento en su sangre, convocando a las gentes de entre los judíos y los gentiles para que se unieran, no según la carne, sino en el Espíritu" (LG 9).**

De entrada matiza que en "todo tiempo y lugar a Dios le es grato todos los pueblos". Es decir que todos los pueblos son pueblos de Dios, no hay ningún pueblo que no sea pueblo de Dios.

En un sentido genérico Dios es padre de todos los pueblos; luego en un sentido más propio, en el sentido del camino de la revelación que Dios tubo para darse a conocer a los hombres, Dios eligió un pueblo concreto que fue el pueblo de Israel.

Es importante tener en cuenta esto, porque de lo contrario parecería que estamos hablando de un Dios con una cierta imagen caprichosa que "elige a uno y excluye a los demás", no hay tal cosa, porque todos los pueblos por la creación, y porque tiene a Dios como origen, en ese sentido todos tienen a Dios por Padre.

Otra afirmación que hace este punto es que no nos quiso "santificar individualmente", sin conexión entre nosotros, sino que quiso llevar a cabo su tarea de redención formando un pueblo en nosotros. Esto supone una purificación de esa tendencia individualista que el pecado original había labrado en nosotros. Antes del pecado original, el hombre tenía una conciencia de comunión.

Después del pecado original...hay una frase terrible de Caín cuando responde a la pregunta de Dios de "¿Dónde está tu hermano?", y él dice "¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?".

Pues claro que lo eres; lo que ocurre es que el pecado ha hecho que en cada uno de nosotros nos olvidemos que Dios ha querido que cada uno de nosotros seamos guardián de nuestro hermano.

Por eso, Dios que es un gran pedagogo nos santifica purificando esa tendencia aislacionista, y lo hace formando un pueblo.

De la misma forma, que en la vida religiosa, para formar a un novicio, se le forma en comunidad; y el maestro de novicios sabe muy bien que es muy importante, no solo las orientaciones que le dé al novicio en las entrevistas personales, es muy importante ver a ese novicio como convive con los demás, como soporta con paciencia los defectos de los demás. Así hace Dios con nosotros: **nos santifica en el contexto de un pueblo**, en un contexto de comunidad. En la familia pasa lo mismo: quien no aprende a ser buen hermano no aprende a ser buen hijo.

Hoy en día, uno de los dramas que hay, con el descenso de natalidad, es que los niños no tienen hermanos y entonces se convierten en “reyezuelos” y tiranos; porque no tienen la experiencia de una familia con más hermanos, donde uno no puede hacer lo que a uno le dé la gana. Y le falta un instrumento muy importante de educación.

En este sentido Dios nos quiso educar y purificar. ¡Hasta de los defectos del prójimo se sirve Dios para santificarnos!.

Esa obra de misericordia que dice: **“Sufrir con paciencia los defectos del prójimo”**, es un instrumento de santificación.

En esta sociedad liberal que todo es hablar de “autorrealización”, autodeterminación, espontaneidad, cada uno a lo suyo, Dios quiere purificar en el contexto de una comunidad, de un pueblo. Toda la sagrada Escritura tiene esa sensibilidad del sentido comunitario.

Más aún: es cierto que todos tenemos unos talentos personales, pero estos se desarrollan con el estímulo de nuestros hermanos; nadie podría desarrollar sus talentos personales si estuviera aislado. Se desarrollan poniéndolos al servicio de los demás. **Los demás son un acicate que hace que demos lo mejor de nosotros mismos.**

El ideal moral del ser humano no es el hombre autónomo sino el hombre comunión, comunión con Cristo y con los demás.

Es importante que veamos en qué contexto, la Iglesia y especialmente en el concilio Vaticano II (Este catecismo que estamos comentando es el “catecismo del concilio Vaticano II”); este punto 781 es todo el, una cita literal de este concilio vaticano II, en la Lumen Genium, capítulo 9 –la constitución dogmática sobre la Iglesia-.

Esta forma de hablar de la Iglesia, por parte del concilio, como “pueblo de Dios”, subraya la dimensión histórico-salvífica: Como Dios se reveló a través de esta historia de salvación de un pueblo: A través de Abraham, de todos los patriarcas, los profetas, etc.: **Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco. Le fue revelando su persona y su plan a lo largo de su historia y lo fue santificando. Todo esto, sin embargo, sucedió como preparación y figura de su alianza nueva y perfecta que iba a realizar en Cristo [...], es decir, el Nuevo Testamento en su sangre, convocando a las gentes de entre los judíos y los gentiles para que se unieran, no según la carne, sino en el Espíritu”**.

Es la forma de presentar el misterio de la Iglesia con estas cuatro dimensiones:

- La Iglesia **prefigurada** en la “comunión” de la Trinidad.
- Está **preparada** en el pueblo de Israel.

-**Constituida** en Cristo.

-Y **manifestada** por la efusión del Espíritu Santo.

El concilio presenta a la Iglesia como pueblo de Dios, antes de hablar de la jerarquía. Fue especialmente el cardenal Suenens (*Leo Josef Suenens. (Ixelles, 1904-?, 1996) ... Creado cardenal en 1962, desempeñó un papel importante en el Concilio Vaticano II., primado de Bélgica*), el que propuso que antes de hablar de la constitución jerárquica de la Iglesia, se hablara de que la Iglesia es “pueblo de Dios”, resaltando que lo más importante en la Iglesia no es ser obispo, o ser papa, **lo más importante es ser bautizado, lo que más nos constituye es ser HIJOS DE DIOS.** Esta propuesta del cardenal Suenens fue la que prevaleció.

No entendamos mal esta propuesta: no es una concesión al “sentido democrático” de la sociedad actual, es decir no responde a un intento de ganarse a la mentalidad moderna actual. El concepto democrático de que “el poder mana del pueblo”, no es un concepto que sirva para la Iglesia: la autoridad de la Iglesia no emana del pueblo: **la autoridad emana de Cristo, emana de Dios.**

La dignidad máxima nace de ser bautizado, de tal forma que cualquiera de nosotros tiene una y misma común dignidad, independientemente de la tarea o carisma que desempeñe cada uno dentro de la Iglesia.

También hay que decir que la “imagen de Pueblo de Dios” no se la inventó el concilio, pero sí que la rescato, porque estaba en muchos padres de la Iglesia. Aportando algún matiz importante:

En primer lugar habla de **la Iglesia “misterio”**, es decir: prefigurada en la Trinidad.

Había dos caminos –digámoslo así- para hablar de la Iglesia: **el de Iglesia “pueblo de Dios”; y el de la Iglesia “cuerpo místico de Cristo”**. Y el concilio complementó estos dos caminos.

Porque si únicamente se hubiera hablado de la Iglesia como pueblo de Dios, se tenía el peligro de hacer un concepto más “sociológico de la Iglesia”, olvidando que la Iglesia nace de Cristo.

La imagen de la Iglesia como “cuerpo de Cristo” es más mística, más espiritual, donde se remarca mucho que la Iglesia nace de Cristo.

De ahí que el concilio, antes de hablar de la Iglesia como pueblo de Dios, dice **que la Iglesia nace de la Trinidad.**

El Papa Benedicto XVI, en los años que fue prefecto de la congregación de la doctrina de la fe, subrayó muchas veces en los distintos libros que escribió el peligro de hablar de la Iglesia únicamente bajo el concepto de “Pueblo de Dios”. Insistía mucho que eso era una especie de reduccionismo, y era importante complementarlo con el concepto de “revelación” de cuerpo de Cristo”.

Leo un texto del sínodo de los obispos del año 1988, donde se habla del “reduccionismo posconciliar”:

*“no podemos reemplazar una visión demasiado jerarquizada de la Iglesia, por una concepción demasiado sociológica; la Iglesia no se puede confundir con un concepto democrático imagen de la sociedad actual”*

La Iglesia ha nacido del corazón de Cristo. Aunque en el concilio sí que estaban complementadas las dos imágenes de la Iglesia; pero después del concilio, a veces, se ha manipulado este concepto de Pueblo de Dios, para conseguir esta imagen sociológica de la Iglesia. Algunos autores de la teología de la liberación han llegado a afirmar que la Iglesia surge del pueblo. Y eso no es un término correcto: **la Iglesia nace de Dios y es convocada por Dios.**

**Punto 782:**

**El Pueblo de Dios tiene características que le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia:**

— **Es el Pueblo de Dios: Dios no pertenece en propiedad a ningún pueblo. Pero Él ha adquirido para sí un pueblo de aquellos que antes no eran un pueblo: "una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa" (1 P 2, 9).**

Eso de que "Dios no pertenece en propiedad a ningún pueblo": Nosotros somos propiedad de Dios, pero Dios no es propiedad nuestra. Esto es importante, es verdad que la alianza del Sinaí dice: "Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios, pero no entendamos como que "vamos a tener a Dios en propiedad". Dios es más grande que nuestros planes. UN ejemplo puede ser el de los celos de un niño cuando siente que tiene a su lado a un hermano suyo, y siente que ese hermano le va robar a su padre o a su madre; y algo así nos puede ocurrir a nosotros cuando pretendemos "poseer a Dios"; porque el hecho de que si Dios da su gracia a otros pueblos "nos va atacar a menos", y nos va a prestar menos atención a nosotros y nos entran celos. Esta imagen puede ser ridícula, pero puede pasar.

A Dios no le podemos poseer, Dios tiene una soberanía plena; Dios es capaz de elegir al pueblo de Israel como pueblo suyo, sin dejar por ello de dar su gracia por otros conductos distintos al resto de los pueblos. No podemos meter a Dios en un cajón. "Los cielos y la tierra no son capaces de contenerlo". Las dimensiones del universo de las que hablan los astrónomos "un uno y muchos ceros" de años luz... y no es capaz de contener la inmensidad de Dios.

Nosotros pertenecemos a Dios, la Iglesia pertenece a Dios; pero Dios no es propiedad de la Iglesia.

En las sagrada escritura hay muchos textos donde se evoca lo que estamos diciendo. El rey David quiere construirle un templo a Yahvé y Dios, a través del profeta Natán, le dice David: *¿eres tú el que me va a hacer un templo a mí? ¿Te crees tú que vas a limitar a Dios entre cuatro paredes?. ¡Yo mismo me construiré un Templo!*. Es verdad que Yahvé, finalmente, bendijo la idea de David de construir un templo, pero quiso purificarla primero.

La gracia de Dios se vuelca totalmente sobre la Iglesia sin dejar, por eso, de llegar a todos los pueblos. Ese otro pasaje del evangelio donde los discípulos le dicen a Jesús: "Maestro hemos visto a algunos que hacían milagros en tu nombre y no eran de los nuestros, ¿se lo prohibimos?, y Jesús le dice: *¿Por qué se lo vais a prohibírselo?, ¿si están haciendo el bien?, si no están contra nosotros están con nosotros?*".

Los apóstoles tenían una tendencia, como a limitar la acción de Dios únicamente a lo que salga del seno de los apóstoles. "**Dios nos posee a nosotros, no nosotros a Dios**". De hecho a Jesús, después de hacer algún milagro, la gente lo quería sujetar, atrapar, pero Él no se dejaba. Él sabía que tenía que predicar a todo el mundo.

Sigue este punto:

— **Se llega a ser miembro de este cuerpo no por el nacimiento físico, sino por el "nacimiento de arriba", "del agua y del Espíritu" (Jn 3, 3-5), es decir, por la fe en Cristo y el Bautismo.**

Juan 3, 3-5:

- 3 *Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios.»*
- 4 *Dícele Nicodemo: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?»*
- 5 *Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios.»*

Se remarca como la pertenencia a ese pueblo de Dios se va purificando de una visión carnal; porque el pueblo de Israel tenía el peligro de entender mal eso de ser “el pueblo elegido”, y el peligro era entenderlo como una “elección de raza”, por “mérito de raza”. Hay un momento donde Jesús está discutiendo con los fariseos que dicen: “*nosotros somos hijos de Abrahán, y Jesús les dice: de estas piedras puede hacer Dios hijos de Abrahán*”.

Dios les regalo ser el “pueblo de la elección”, y una parte del pueblo de Israel se arrogaba el título como un mérito propio, como si tuvieran más méritos que el resto de los pueblos; y esto es lo que Jesucristo quiere purificar: Para formar parte de este pueblo, de esta Iglesia, hay que “nacer de lo alto”. Se “**nace desde la conversión**”. Tiene que haber una purificación necesaria en nosotros.

Continúa este punto:

- **Este pueblo tiene por Cabeza a Jesús el Cristo [Ungido, Mesías]: porque la misma Unción, el Espíritu Santo fluye desde la Cabeza al Cuerpo, es "el Pueblo mesiánico".**
- **"La identidad de este Pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo" (LG 9).**
- **"Su ley, es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo mismo nos amó (cf. Jn 13, 34)". Esta es la ley "nueva" del Espíritu Santo (Rm 8,2; Ga 5, 25).**
- **Su misión es ser la sal de la tierra y la luz del mundo (cf. Mt 5, 13-16). "Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano" (LG 9).**
- **"Su destino es el Reino de Dios, que él mismo comenzó en este mundo, que ha de ser extendido hasta que él mismo lo lleve también a su perfección" (LG 9).**

En la plana de Dios entraban dos aspectos principales: Israel, primero, y ahora la Iglesia, es un **germen a través del cual Dios quiere llegar a todos los pueblos**. Dios no ha elegido a un pueblo y olvidarse de los demás, sino que es un germen, es como una levadura que se extiende.

La Iglesia –pueblo de Dios- está llamada a ser levadura de toda la humanidad. Por eso es tan importante la misión de la Iglesia: **de ser sal de la tierra y luz del mundo.**

Esa llamada de Cristo a que no nos sintamos a gusto con nosotros mismos, y no nos digamos: “Yo ya he recibido de Dios la revelación de Cristo”. Tenemos que tener esa insatisfacción personal mientras que ese mensaje no haya llegado a todo el mundo.

Saber que somos instrumentos de Dios para que ese mensaje de salvación llegue a todos.

La misión de la Iglesia tiene que ser un “acicate” que nos lleve a estar insatisfechos, con esa llamada continua a la extensión del reino de Dios a todos los pueblos.

Es importante que se subraye este aspecto. Mientras tanto, **el motor de identidad de este pueblo es el Espíritu de Cristo** –que es lo que dice este punto-, de ahí nos viene la dignidad de pueblo.

Lo dejamos aquí.